

COSMOPOLITISMO Y NACIÓN EN JOSÉ ORTEGA Y GASSET Y FRIEDRICH MEINECKE

DOMINGO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ¹

Universidad de Salamanca

dhernan@usal.es

El 5 de septiembre de 1949, José Ortega y Gasset pronuncia en la *Freie Universität* de Berlín la conferencia titulada *De Europa meditatio quaedam* (X 73)². El manuscrito preparatorio fue luego desarrollado y ampliado para un posible libro en alemán, así como utilizado para otras publicaciones y conferencias de la época. Desgrana ahí Ortega sus conocidas tesis europeístas, asumiendo ideas que ya había venido tratando, sobre todo en el «Prólogo para franceses» (1937) y el «Epílogo para ingleses» (1938), de *La rebelión de las masas*. Citas y párrafos enteros de esos textos de finales de los años treinta reaparecerán en esta conferencia –y sus múltiples ramificaciones– de final de los cuarenta, mostrando así tanto la génesis como la actualización del recorrido seguido por Ortega. De hecho, en el Archivo de José Ortega y Gasset hay una Nota de trabajo que lo indica de modo explícito: «Berlín. *De Europa meditatio quaedam*. Con el prefacio y el epílogo»³.

En efecto, el tema que recorre la *Meditación de Europa* es el de las nacionalidades y el nacionalismo, o, más en concreto, el de la relación de Europa con sus naciones, que Ortega trata ahora, aunque asuma textos de época anterior, con la mirada puesta, tanto en el programa filosófico que ha venido desarrollando hasta ese año de 1949, como en la situación histórica europea del momento, la Europa de postguerra. De hecho, el objetivo explícito de la conferencia de Berlín es mostrar el anacronismo que supone la idea de nacionalidad como integradora de las sociedades europeas del momento; un anacronismo que, además, parece olvidar la fértil idea de convivencia y sentimiento aglutinante que, según Ortega, había guiado a los pueblos europeos

¹ Este trabajo se integra entre los resultados del *Grupo de Investigación Reconocido en Estética y Teoría de las Artes* (Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca), así como del Proyecto de Investigación FFI2016-76891-C2-2-P (Agencia Estatal de Investigación, Ministerio de Economía, Industria y Competitividad del Gobierno de España y Fondo Europeo de Desarrollo Regional de la Unión Europea) y del Proyecto de Investigación 463AC01 (Universidad de Salamanca, Programa 1C, 2017-2018).

² Para las citas procedentes de las *Obras completas* de José Ortega y Gasset, señalo, entre paréntesis en el cuerpo del texto, únicamente el número de tomo en romanos y de página en arábigos, a partir de ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004 ss.

³ Archivo de José Ortega y Gasset, Carpeta «Nación, Europa, etc.».

en épocas pasadas. Pues bien, entre los múltiples referentes que maneja Ortega para exponer tales ideas, hay uno muy concreto: las teorías sobre el cosmopolitismo y el Estado Nacional que estudia Friedrich Meinecke en su *Cosmopolitismo y Estado Nacional. Estudio sobre la génesis del Estado Nacional alemán*, libro de 1911 que Ortega lee por la edición de 1928⁴.

Así, ese Friedrich Meinecke, uno de los grandes historiadores alemanes de comienzos del siglo xx, discípulo de Dilthey y que, desde la admiración por Bismarck y un estado fuerte, discurriría hasta un liberalismo moderado y, en cierto modo, humanista, adquiere una importancia fundamental en la conferencia de Ortega. Y es que, en la *Meditación de Europa*, su libro es citado ampliamente y sus tesis son unas veces defendidas y otras criticadas con objetivos muy concretos, como se verá. Pero es que, además, todo ello sólo forma la punta del iceberg en la relación entre Ortega y el historiador alemán, porque junto a las referencias directas en el texto que conocemos, hay otro material que lo completa. Me refiero tanto al ejemplar del libro de Meinecke manejado por Ortega, ampliamente subrayado y anotado por él y disponible en su biblioteca personal, como, sobre todo, a una serie de carpetas y carpetillas de Notas de trabajo presentes en el archivo del filósofo madrileño que tienen títulos como «Meinecke. Cosmopolitismo y nacionalidad», «Volksgeist, Meinecke, etc.» o «Nación, Europa, etc.». Pues bien, si, junto al análisis de la presencia explícita de Meinecke en la *Meditación de Europa*, se lleva a cabo un estudio de tales materiales, el resultado permite comprender de un modo muy concreto las tesis de Ortega sobre el cosmopolitismo en estos años cercanos a su muerte en 1955.

Antes de pasar a analizar, aunque sea muy brevemente, esa relación entre Ortega y Meinecke a partir de los materiales mencionados, es conveniente, sin embargo, y debido sobre todo a la conexión explícita entre la *Meditación de Europa* y textos de épocas anteriores, llevar a cabo una mini-historia del cosmopolitismo en Ortega. Para no distanciarse en exceso de este contexto de los años cuarenta, podría recordarse, por ejemplo, que en 1923, en el prólogo al primer número de *Revista de Occidente*, Ortega ya insistía en esa idea del cosmopolitismo de la que nunca se distanciara demasiado, el cosmopolitismo que se inicia en la limitación propia y asume la conjunción de particularidades. Así, escribía:

antes de la guerra existía [...] un cosmopolitismo abstracto, engañoso, que nacía previa anulación de las peculiaridades nacionales. Era el cosmopolitismo obrerista, bancario, del Hotel Ritz y *sleepingcar*. Tras él pervivían los pueblos en rigurosa incommuniación. El cosmopolitismo de hoy es mejor, y en vez de suponer un abandono de los genios y destinos étnicos, significa su reconocimiento y confrontación. (III 530)

⁴ MEINECKE, F., *Weltbürgertum und Nationalstaat. Studien zur Genesis des deutschen Nationalstaates*, München und Berlin, Oldenbourg, 1928 (7ª ausg.).

Y, sin embargo, sólo un año después, en un artículo titulado precisamente «Cosmopolitismo», enfatizaría una idea que en parte abandonará más adelante, la del cosmopolitismo de las minorías intelectuales. No modificará, por supuesto, el marco en el que la sitúa, al configurarlo entre dos fenómenos enfrentados: «Uno de ellos es el *internacionalismo* representado por la *Sociedad de las Naciones*; otro es el *cosmopolitismo* de ciertas minorías intelectuales» (V 199). El internacionalismo, al pretender eliminar las diferencias nacionales, habría, en el fondo, favorecido el nacionalismo. Frente a él, el cosmopolitismo intelectual sería el encargado de crear nuevos principios unitarios, necesarios ante la crisis de los principios tradicionales de cultura. Nuevos principios unitarios, nuevas vigencias... Ortega siempre los solicitará, pero cuando al final de los años treinta, con la Guerra española de fondo, insista en lo peligroso de la injerencia de los intelectuales en países ajenos –recuérdese: Einstein sobre España, etc.–, el cosmopolitismo intelectual desaparecerá de su teoría.

Antes de llegar ahí, sin embargo, insistirá en el vínculo explícito entre cosmopolitismo e historia, al dejar claro en 1926 que cosmopolita es aquel que no sólo remite a espacios, sino también a tiempos: «adjunto a este cosmopolitismo espacial ha alentado siempre un cosmopolitismo en el tiempo. No basta convivir con los hombres vivientes: se sentía el deseo de tratar a los antepasados. Lo mismo hoy» (II 621). De ahí la insistencia en el carácter de homogeneidad, de «alma ecuménica» que supone todo cosmopolitismo: «El hombre posee un alma ecuménica. Su vida se dilata hasta los confines de lo habitado [...]. Cuando no hay cosmopolitismo, se sabe que existen otros hombres, otros pueblos, pero no se convive con ellos» (II 621). Homogeneidad y diferencia, convivencia y limitación, por tanto, que conducen a Ortega a la defensa de ese afán cosmopolita iniciado en el enciclopedismo francés del XVIII y continuado hasta las tesis y autores que más le interesan, siempre con la crítica al internacionalismo de fondo. Estamos en 1938, en el «Epílogo para ingleses», ante la presentación inicial de ideas que pasarán a la *Meditación de Europa*:

El cosmopolitismo de Ferguson, Herder, Goethe es lo contrario del actual “internacionalismo”. Se nutre, no de la exclusión de las diferencias nacionales, sino, al revés, de entusiasmo hacia ellas. Busca la pluralidad de formas vitales con vistas no a su anulación, sino a su integración. Lema de él fueron estas palabras de Goethe: “Sólo todos los hombres viven lo humano”. (IV 504)

Este cosmopolitismo goethiano, opuesto a todo internacionalismo, permite a Ortega no sólo fundamentar su idea mediante unas bases históricas, sino, sobre todo, dejar muy claro que el fondo, el suelo común europeo, esos principios comunes que preceden a las particularidades nacionales, se encuentran ya en tratamientos muy anteriores a los suyos y forman parte de la misma historia de Europa. Ésta es la idea que conduce a la *Meditación de Europa* y, con ella, a la función que le exige Ortega al libro de Meinecke.

La tesis de Ortega sobre Europa y sus naciones, en el fondo, mantuvo siempre el mismo hilo conductor: la afirmación de una unidad europea sostenida por la dinamicidad que produce la relación entre las diferencias nacionales y, por tanto, la pluralidad continental. Y es que la sociedad europea, como convivencia entre las naciones, habría precedido siempre a la particularidad de los propios pueblos. Homogeneidad y diversidad, por tanto, que permite entender a Europa como un espacio histórico de convivencia, un equilibrio de particularidades que se sostiene sobre la existencia de una pluralidad donde la sociedad única llamada Europa precede siempre a las distintas sociedades nacionales. Por ello, sólo cuando los principios generales dejan de tener vigencia, cuando los vínculos de socialización europea pierden su función, entonces Europa se des-socializa: surgen las particularidades luchando por su diferenciación y desaparece el principio homogéneo de integración. Así, para Ortega, en cierta manera la Segunda Guerra Mundial habría empezado antes de iniciarse. En efecto, la ausencia de principios colectivos habría des-socializado a Europa, la habría dividido en particularidades inconexas, con lo que resulta necesario volver a conectarlas mediante principios nuevos y vigencias colectivas adecuadas a los tiempos con nuevo poder de integración. Ha desaparecido una Europa; ahora se trata de hacer otra, una ultranación europea que acabe con la idea de Europa como internación.

Este carácter de ultranación europea enfrentado al internacionalismo es el que Ortega busca en la narración histórica que, en el fondo, es el libro de Meinecke. Por ello, escribe:

Como el libro de Meinecke es un guía insuperable, por sus datos a la vez abundantes y selectísimos, para seguir el proceso formativo de la conciencia nacional alemana en su última fase, me servirá de hilo conductor en torno al cual enrolló mis propios juicios, que son muy diferentes a los de Meinecke. (X 112 n.)

Así, para empezar, se trata de enfatizar la diferencia: Meinecke habría permitido ver a Ortega con claridad el fondo ultranacional europeo, pero él mismo no lo habría visto; de hecho, afirma, «los árboles nacionales europeos no dejan ver el bosque Europa a este egregio, magistral historiador» (X 120).

Es una estrategia habitual en Ortega con algunos de los autores que recibe: criticar una parte de sus teorías para, a continuación, tomarla como lanzadera en la apropiación, esta vez sí, de otra de las ideas ajenas. En este caso, se trata de utilizar, sobre todo, los textos y autores que cita Meinecke no para defender su talante nacionalista, sino para encontrar las bases históricas del fondo ultranacional europeo. Müller, Humboldt, Stein o Niebuhr, por ejemplo, si para Meinecke son casos donde se percibe la idea de una nacionalidad alemana situada sobre el bloque histórico de Europa, para Ortega, al contrario, son una muestra de que la colectividad ultranacional europea ha sido defendida

desde múltiples perspectivas. Un buen ejemplo es la distinta lectura de Humboldt que realizan Ortega y Meinecke, lectura basada en los mismos textos que recoge Meinecke.

Meinecke cita a Humboldt para enfatizar que –y leo a Humboldt citado por Meinecke–, «de ningún modo se puede olvidar la finalidad propia y verdadera de la federación [alemana], en tanto conecta con la política europea». Ortega, sin embargo, al margen de ese texto, escribe en su ejemplar de la obra de Meinecke: «Fondo ultranacional, ¡estupendo!», y en sus notas de lectura: «Estupendo párrafo de Humboldt donde se ve que reconoce sólo ser posible y deseable un Bundestaat alemán en función del equilibrio europeo, es decir, de un fondo ultranacional»⁵. Por contra, comentando estas ideas de Humboldt, Meinecke escribe, y Ortega traduce, que «tampoco Humboldt pudo desprenderse totalmente de la creencia de que hay comunidades supranacionales en la vida del Estado...» (X 120). Un juego de citas, un intercambio de referencias, entonces, en los que el retórico Ortega es un maestro. Así, en las Notas de lectura sobre esa idea, escribe: «Ojo! aquí parece que Meinecke ignora que la nación sólo puede ser y existir sobre un fondo nutricio y regulador de comunidad de naciones»⁶.

Y es que para Ortega las naciones europeas sólo evitarían la disgregación y des-socialización si se superan a sí mismas como *únicamente* naciones y logran afirmar sus rasgos diferenciales en el fondo de una ultranacionalidad homogénea sostenida sobre un proyecto europeo de futuro. Así, el talante íntimo, nacional, se apoya sobre el proyecto global de ultranación y, con él, de humanismo y cosmopolitismo. En el fondo, éste es el proyecto que mantenía Ortega y, por ello, el protagonista ahora, en la versión ofrecida por las citas de Meinecke, sería un filósofo muy concreto: Fichte. Así, escribe:

el pueblo alemán –piensa Fichte– tiene que ser radicalmente, con frenesí, el pueblo alemán, pero lo característico de este pueblo es ser el “pueblo de la humanidad” [...] Fichte se siente hasta la médula patriota, “nacional”. Pero su modo de sentirse nacional es [...] ver su nación proyectada sobre el porvenir como el mejor programa de ser hombre que cabe, por tanto, por Humanismo, Universalismo o Cosmopolitismo. (X 123)

Ortega está leyendo el sexto capítulo del libro de Meinecke, «Fichte und die Idee des deutschen Nationalstaates». Sobre todo unas líneas concretas, aquellas donde Meinecke afirma: «[Fichte] es patriota, pero también cosmopolita, “en tanto –dice Fichte citado por Meinecke– el fin último de toda cultura nacional es siempre que esta cultura se extienda por todo el género humano”».⁷ Pues bien, en las Notas de trabajo escribe Ortega sobre ese texto de Fichte que cita Meinecke: «El cosmopolitismo de Fichte en esta fecha consiste en que un pueblo extienda su modo de vida por toda

⁵ Archivo de José Ortega y Gasset, Carpeta «Meinecke-Cosmopolitismo y nacionalidad».

⁶ *Ibid.*

⁷ MEINECKE, F., *Weltbürgertum und Nationalstaat*, o. c., p. 98.

la humanidad»⁸. Y en la *Meditación de Europa* completa: «Para mí esta “fórmula” de Fichte, *exactamente entendida*, es la más clara expresión vivida [...] de lo que es una nación» (X 123 n.). Una nación, entonces, con Fichte y superando el tono nacionalista de Meinecke, es una intimidad que pretende extenderse por toda la humanidad con sus limitaciones más propias, aceptando diferencias ajenas y ampliándose y creciendo con ellas. El todo, la ultranación, la homogeneidad y, claro está, el cosmopolitismo, parten siempre de la continuidad entre las particularidades, que se extienden, se interrelacionan y crecen en ese juego de limitaciones, por lo que no ha de extrañar que, junto a tal idea de ultranación, abunde en este Ortega de última época la insistencia en el tema de la dialéctica. Nacionalismo por cosmopolitismo, entonces, busca Ortega en este análisis, con Meinecke, de la idea de Estado Nacional en Alemania, algo que se ve muy bien en una de las Notas de trabajo, donde escribe:

Sólo hacia 1810 se empieza a querer que haya naciones y empieza la idea nacionalista –el *-ismo*, signo de doctrina–. Pero este nacionalismo de 1810, por ejemplo, alemán (Novalis, Schlegel, Humboldt) no era nacionalista de Alemania sino de todas las naciones. Se quería que las naciones fuesen todas, no más la una que la extraña — porque se creía que la pluralidad divergente de modos de ser hombre era una inmensa riqueza para la humanidad. Es decir, que se era nacionalista por humanismo y universalismo⁹.

Si la ultranación europea es la misma que define el cosmopolitismo y humanismo de Fichte, entonces cada nación únicamente tiene sentido en su relación con el fondo de cosmopolitismo. Por ello, Fichte, patriota y cosmopolita, es el ejemplo para Ortega, o, quizá mejor, Fichte a través de Goethe: ese «sólo entre todos los hombre llega a ser vivido lo humano», de Goethe, que cita una y otra vez en sus obras, debe ser leído aquí junto a esa cultura «que se extiende por toda la humanidad» de Fichte.

De hecho, es el vínculo entre Goethe y Fichte, conectados ahora mediante el pegamento aglutinador del libro de Meinecke, el que explica el recorrido seguido por Ortega. Cuando en la conferencia de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, también en 1949, vuelva a aludir a Goethe, parece como si cerrase el círculo iniciado en años anteriores: «Este movimiento goethiano cosmopolita, que es de signo opuesto, conste, a todo internacionalismo [...] va del terruño hacia la más amplia unidad, [...] no abandona a aquél sino que lo transporta hacia una forma superior de ser hombre», escribe Ortega (X 42). Así, ambos, Goethe y Fichte, discurren en paralelo: movimiento goethiano cosmopolita, que muestra la conjunción de limitaciones al sostener toda su teoría sobre la idea de que sólo entre todos los hombres es posible vivir lo humano; cosmopolitismo de Fichte, que extiende la limitación propia por toda la humanidad.

⁸ Archivo de José Ortega y Gasset, Carpetilla «Meinecke-Cosmopolitismo y nacionalidad».

⁹ Archivo de José Ortega y Gasset, Carpetilla «Volksgeist, Meinecke, etc.».

Ambos se reúnen en Ortega a través de esta dialéctica de diferencia e identidad que convierten su humanismo cosmopolita en otro paso, un escalón más en la historia de los principios comunes de la sociedad europea.

